

# EL ESPACIO URBANO, EL TRANSEÚNTE Y LO EFÍMERO: REFLEXIÓN SOBRE LOS NUEVOS HORIZONTES DEL DEBATE

**CAROLINA GUTIÉRREZ**

▪ Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana, de la UASB-E. Historiadora por la Universidad del Valle.

*Correo electrónico: <muy\_caro@yahoo.es>.*

## ▪ **Resumen**

La pregunta por el espacio público, la vida cotidiana y los intersticios que se erigen en los avatares del diario vivir, han tenido revuelo en las investigaciones sobre la sociedad y la manera en qué esta se comprende. Es así que el presente documento da cuenta de los aportes que en el marco de esta discusión han realizado Michel de Certeau, Isaac Joseph, Zygmunt Bauman y Jesús Martín-Barbero. Por medio del acercamiento a algunos textos de los autores señalados se indicarán las propuestas más sólidas y las reflexiones más desarrolladas sobre el espacio urbano y la percepción del transeúnte que, como se verá, dan cobijo a nuevas consideraciones sobre el “estar” en la ciudad.

▪ **Palabras clave:** espacio urbano, transeúntes, ciudad, experiencia urbana, Modernidad.

Parece verdad de Perogrullo decir que las sociedades contemporáneas se ciñen a siluetas particulares de sociabilidad en las que características cadencias, tiempos y usos de los espacios, han dado a la ciudad moderna distintivos matices que hoy son modelos discutidos de análisis sobre las formas de habitar, aprehender y desplazarse en la metrópoli. De manera astuta y acertada, Marshall Berman (1982), señala la celebración de la vitalidad y la diversidad de la vida urbana; este romance, según el autor, se cristaliza en la calle. Berman en diálogo con la Modernidad.

Tal indicación que hace Berman en su ya clásica obra *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, está en clara relación con las implicaciones de la Modernidad en el espacio urbano que problematiza el filósofo e historiador francés Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano*. Este último parte de una aparente, simple y básica certeza: el análisis de la ciudad desde un enfoque panorámico contribuye al emborronamiento y la disipación de las prácticas y usos de la vida cotidiana. La apuesta de De Certeau advierte que la ciudad ya no es un campo de operaciones programadas y, en ese sentido, subraya la necesidad de vincular al análisis otros enfoques que den cuenta de las nuevas maneras de vivir en el espacio urbano.

La propuesta de De Certeau coloca en evidencia la incertidumbre que acarrea el pensar las nociones de vida cotidiana, de interacción en el espacio público o de las tácticas de sociabilidad en las ciudades contemporáneas. Así, el autor propone una modulación en la percepción, un vuelco hacia el análisis detenido de los “minúsculos y efímeros fenómenos urbanos” que son, en definitiva, quienes contribuyen a la construcción de significado y de comprensión de los individuos en los espacios urbanos.

Refiriéndose precisamente a la relación transeúnte-espacio urbano, Isaac Joseph explica que esta relación supone más vínculos y más intersecciones de las que en apariencia podrían tener. El autor comprende el espacio público como un plano de consistencia en el que las identidades son problemáticas y las situaciones constantemente redefinibles. En esa línea entiende la ciudad como un laboratorio de sociabilidad, como un organismo urbano particular, algo hecho de lugares llenos de huecos, como una esponja que capta y rechaza fluidos y que modifica constantemente sus cavi-

dades (Joseph 1988, 45). Ya Michel de Certeau (1996, 109) había destacado que los procesos del caminante pueden registrarse en mapas urbanos ya que este transcribe sus huellas y sus trayectorias en los recorridos que realiza. De manera similar, Joseph señala a la superficie como lugar de sentido. Allí las identidades se dejan leer en la superficie, en la que “lo más profundo es la piel” (Joseph 1998, 48). Si bien entonces se ha sugerido en las reflexiones de estos intelectuales que el espacio urbano escapa de la noción de llaneza y de inmutabilidad –a la que tradicionalmente ha tendido a asociarse– en la que los lugares se entienden como naturalmente fluctuantes (Joseph 1998, 44). Esta versión del espacio público, como vemos, se aúna a la idea de que los caminos de los paseantes presentan una serie de vueltas y rodeos que suponen, entonces, que se da una retórica del andar (De Certeau 1996, 112). Aludiendo precisamente a este asunto, De Certeau advierte que el uso y la expresión que acompañan las prácticas cotidianas activan, actualizan o modifican la forma de comprender y de apropiarse de los lugares.

Ahora bien, esta certeza no debe ser tomada a la ligera ya que supone una forma particular del individuo para relacionarse y posicionarse en el entorno, es decir, de habitar y comunicarse en él. Aunque el transeúnte, el “paseante” al que se refiere Walter Benjamin (1892-1940), se inserta en una realidad en la que su propia estabilidad es temporal, debe resaltarse en este punto que la brevedad de los términos no debe opacar la intensidad de la experiencia (Benjamin 1990). En ese sentido, Joseph vuelve a dar luces sobre las condiciones de estas interacciones y su visión de anonimato en la gran ciudad: “Entre personas que no se hablan o que no están ‘juntas’, hay interacciones muy significativas” (1998, 47). Es así que el autor da importancia al contacto esporádico y efímero que, aunque no repercute de forma contundente en el diario vivir, no deja de ser significativo en términos de experiencia cotidiana. En este momento importa resaltar las reflexiones que sobre la condición de la vida social ha señalado el sociólogo estadounidense Erving Goffman (1922-1982) en su texto *Los momentos y sus hombres*: “También resulta que la línea de nuestra mirada, la intensidad de nuestra participación y la forma de nuestras acciones iniciales permiten a los demás escrutar nuestro propósito e intención inmediata, tanto si estamos hablando con ellos como si no” (Goffman

1991, 175). De esta forma, conviene no descuidar los procesos de las interacciones a menor escala ya que, como se ha insinuado con antelación, dan cuenta de las formas específicas que cada sociedad tiene de llevar a cabo la sociabilidad en el espacio urbano que, como señala el propio Joseph remitiéndose a la obra de Goffman, también se da por medio de interacciones no focalizadas.

Por otra parte, conviene resaltar que, según el análisis de este autor, este tipo de interrelaciones no suponen una pérdida de sí mismo, puesto que a pesar de la creciente individuación que supone la nivelación de las sociedades urbanas, esto coloca en evidencia la vivencia al límite de los individuos en este tipo de sociedades. Esta certidumbre replica en la certeza del espacio como lugar interpersonal saturado de mensajes, códigos, sentidos, energías y expectativas que, como bien advierte Peter Slöterdijk (2003, 197), al concurrir simbiótica, erótica y miméticamente, desmienten radicalmente la ilusión de la autonomía del sujeto. Este señalamiento, según parece, discurre hacia otra constatación: el individuo en el espacio urbano no solo es participante de las prácticas sociales y de las tácticas que otorgan sentido a estas, sino que, en esa vorágine a la que se refería Marshall Berman, hace parte de una coreografía que al hacer partícipe su individuación desdibuja en cierto modo los rasgos esenciales, dando paso únicamente a la conservación de la singularidad.

Precisamente, pensando en las prácticas espaciales y, en evidente oposición a la posibilidad de análisis desde una mirada de conjunto a la ciudad,<sup>1</sup> Jesús Martín-Barbero (2003, 275) advierte que en la ciudades contemporáneas es necesario revalorar las experiencias de los habitantes y las fisuras que demarcan las calles y las plazas, como también las articulaciones que prevalecen entre la realidad vivida y la experiencia narrada. De allí que conviene tener muy en cuenta el llamado que hace Martín-Barbero a estar pendiente de las formaciones tecno-perceptivas de la comunicación, al movimiento de desterritorialización e internacionalización de los mundos simbólicos y al desplazamiento de fronteras entre tradiciones y Modernidad, entre lo local y lo global (277), cuyo miramiento posibilita la comprensión de las nuevas maneras de estar

juntos en la sociedad y, al mismo tiempo, coloca en evidencia las transformaciones de la sensibilidad que se propician, como bien advierte el autor, por los acelerados procesos de modernización.

De manera similar a la de Martín-Barbero, Joseph también había previsto que los signos que lee el que calleja no son síntomas ni sedimentaciones de sentido, el transeúnte solo es sensible a las coalescencias súbitas de relaciones sociales, a las cristalizaciones de flujos comunicativos (Joseph 1998, 49). Estas son, en definitiva, las “nuevas sensibilidades” y “maneras de estar juntos” a las que se refiere Martín-Barbero y que, en resonancia, Joseph explica que ese contexto promueve un sujeto hipersensorial que posee la realidad desde su mirada y en el que se refiere al universo “exteriorista” del que calleja: “el paseante urbano pasa su tiempo mirando con insistencia, pero es incapaz de desenmascarar o de interpretar” (Joseph 1998, 50).

La percepción, sabemos, es una forma preponderante de contacto en las sociedades actuales, es necesario preguntarse sobre la forma en que los diferentes espacios urbanos son percibidos por sus caminantes, haciendo alusión no solamente al múltiple componente sociocultural de los transeúntes sino, sobre todo, a la enorme diversidad de espacios que se amalgaman en la ciudad y que, desigualmente, son traspasados por los recorridos aleatorios del caminante. Si bien, resulta interesante comprender las lógicas propias del individuo que calleja y, de la misma manera, las interpretaciones y las formas de entender el mundo que él mismo va hilvanando, lo cierto es que el espacio en sí mismo alberga una lógica paradigmática que predispone a que se aprehenda de él de un modo particular. Cada espacio, según parece, es transmisor de un sentido de uso específico que acusa una manera de ser recorrido y que, de modo paradójico, se entreteje con las experiencias, las expectativas y los usos apremiantes que espontáneamente le va imponiendo el transeúnte. Es así que el pensamiento de Zygmunt Bauman (2002, 116) resulta altamente útil para el establecimiento diferenciado de las zonas de la ciudad. Él, desde un principio indica que cada entorno social promueve su propia clase de racionalidad e infunde, asimismo, su propio significado a la idea de una estrategia de vida racional. Tal certeza apela no solo a la experiencia y el devenir del individuo

1. Al igual que Michel de Certeau, Martín-Barbero insiste en la necesidad de deslindar la posibilidad de una *mirada de conjunto* a la ciudad, de su nostálgica complicidad con la idea de unidad o identidad perdida que impiden comprender de qué están hechas las fracturas que la estallan. En ese sentido, es válido resaltar los términos de De Certeau (1996, 105): “La ciudad-panorama es un simulacro teórico, en suma un cuadro, que tiene como condición de posibilidad un olvido y un desconocimiento de las prácticas”.

en sociedad, sino a la variedad de lugares y sus respectivas nociones de ocupación. Empero, y en correlación con los planteamientos anteriormente rastreados de Joseph, estos espacios promueven y persuaden para que se concrete la acción mas no la interacción entre los congregados. Bauman, refiriéndose precisamente a la interacción y su inevitable componente individual, subraya lo siguiente: “El hecho de compartir el espacio físico con otros actores abocados a una actividad semejante añade importancia a la acción, le da el sello de la ‘aprobación numérica’ y de ese modo corrobora su sentido, lo justifica sin necesidad de mayor argumentación” (2002, 105).

Aludiendo precisamente a las prácticas territorializadas, importa destacar que los espacios son asumidos y utilizados por los transeúntes en direcciones y sentidos diversos. Es decir, si bien existe una disposición concreta ideal en el sentido de un uso específico del espacio, conviene no descuidar que el apropiamiento de estos espacios y el sentido que se les da, están directamente vinculadas con el horizonte de expectativas y de necesidades de los caminantes. En los estudios que ha realizado Armando Silva sobre el espacio urbano y las tretas que tiene el caminante para posicionarse en él, este autor señala que hay dos tipos de espacios por reconocer en el ambiente urbano: uno oficial, diseñado por las instituciones y hecho antes de que el ciudadano lo conciba a su manera; otro, que propone llamar diferencial, que consiste en una manera territorial que se usa e inventa en la medida de que el ciudadano lo nombra o inscribe (Silva 2000, 55).

Tal aporte, como se evidencia, señala el poder de agenciamiento del transeúnte en el espacio que recorrer, ya que como claramente advertía Michel de Certeau (1996, 110), el caminante actualiza las posibilidades del territorio pero también las desplaza e inventa otras, pues los atajos, las desviaciones o las improvisaciones del andar, privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales.

Las apuestas de los autores señalados convocan, como puede ser fácilmente percibido, el estudio de los fenómenos sociales desde el detalle, desde lo efímero y lo superficial. Tales énfasis proponen en el sentido estricto una correspondencia entre las dinámicas actuales que dan rumbo y ritmos a las sociedades y que han perdido su anclaje de análisis en teorías que desconocen la agencia de elementos intrínsecamente

variables, volubles y difícilmente perceptibles. Ante la dificultad de describir las propuestas de análisis de los autores comentados, resulta conveniente remitirse a quien, con mejores términos y mucho más lúcidamente ha canalizado los códigos que deben guiar las futuras investigaciones sobre el espacio urbano y las relaciones que se tejen con el sujeto. El filósofo francés Gastón Bachelard (1884-1962), en su destacada obra *La intuición del instante* (1932), señala que, entre otras cosas, inevitablemente en las sociedades contemporáneas hay otros dispositivos que deben entrar en juego. De allí que el autor valore el análisis de microfenómenos como el instante, al que se remite en términos de pequeñas realidades acumulativas y, de esta manera, altamente significativas.

En correspondencia con la propuesta de Bachelard, estos estudios reiteran que el devenir de las sociedades imputa ser comprendida desde acciones más fugaces y más efímeras que en sí encierran todo un núcleo de sentido. Tal visión refuerza la conveniencia del estudio de los microacontecimientos de la vida cotidiana pero, al mismo tiempo recuerda con igual severidad que la ciudad no solo es topografía, sino también ritmo, percusión y artificio.

### Referencias bibliográficas

- Bachelard, Gastón. 1999. *La intuición del instante*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt. 2002. “Espacio/tiempo”. En *Modernidad líquida*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter. 1990. “El flâneur”, En *Iluminaciones II. Poesía y capitalismo*. Madrid: Alfaguara.
- Berman, Marshall. 1982. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI.
- De Certeau, Michel. 1996. “Andares de la ciudad”. En *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México DF: Universidad Iberoamericana.
- Goffman, Erving. 1991. *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.
- . 2001. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Joseph, Isaac. 1988. “Rostros”, En *El transeúnte y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa.
- . 1999. *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- Martín-Barbero, Jesús. 2003. “Transformaciones de la experiencia urbana”. En *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas en la cultura*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Silva, Armando. 2000. *Imaginario urbanos*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo.
- Slöterdijk, Peter. 2003. *Esferas. I. Burbujas*. Madrid: Siruela.